

que acaban en la cama o, por ejemplo, la forma burlesca en que se presentan motivos religiosos y pictóricos como el de «La misa de San Gregorio», que conseguía sacar las almas del purgatorio, que Samaniego trassunta en «La oración de San Gregorio» (pp. 215-217), y por aquí habría que estudiar las relaciones entre arte y literatura desde el punto de vista del erotismo. Emilio Palacios, en su carrera imparable de publicaciones, nos ha proporcionado un texto de enorme utilidad, importante pieza del mosaico de la literatura española del siglo XVIII que sirve para que la conozcamos mejor, pero también para adentrarnos en otros aspectos de enorme importancia, como son la representación y vivencia del cuerpo y de la sexualidad, el modo lingüístico de elaborar y reelaborar la experiencia sexual, los tipos, escenarios, excusas y maneras que daban carnalidad a la fantasía erótica, esencialmente masculina, del momento.

Una edición recomendable, por estos y muchos otros conceptos que aquí no se detallan, que se aprovecha también de la elegancia y buen hacer de la editorial Biblioteca Nueva.

Joaquín Álvarez Barrientos

FERNÁNDEZ DE MORATÍN, Leandro.

*El sí de las niñas*. En MARTÍNEZ MATA, Emilio (Ed.). Madrid: Cátedra, 2002, 214 pp.

El profesor Emilio Martínez Mata, tan buen conocedor de la literatura dieciochesca como lo demuestran sus ediciones de las *Cartas marruecas* y *Noches lúgubres* de Cadalso o de *Las fábulas en verso castellano* de Samaniego, afronta en esta ocasión un nuevo reto, la publicación debidamente anotada y comentada de la comedia paradigmática del teatro neoclásico, *El sí de las niñas* de Leandro Fernández de Moratín.

En la introducción se detiene en primer término en la trayectoria vital y literaria del dramaturgo, apoyándose en el mejor biógrafo del escritor, el vallisoletano Manuel Silvela, con cuya familia Moratín compartió los últimos años de su existencia en Francia. Además de Silvela, Martínez Mata maneja con precisión otros testimonios de amigos del autor, así como el *Epistolario* y el *Diario*, editados por uno de los máximos especialistas en la figura del dramaturgo madrileño, el hispanista francés René Andioc. Martínez Mata destaca en este devenir histórico el autodidactismo de Moratín, lector incansable de cuantos libros integraban la biblioteca de su padre. Junto a esa educación alejada de los círculos académicos en su años juveniles, el editor considera básico para su formación cosmopolita y para un conocimiento profundo del teatro europeo los numerosos viajes que el dramaturgo realizó por el viejo continente y que en algunos casos fructifican en obras como *Apuntaciones sueltas de Inglaterra* o *Viaje a Italia*, además de proporcionarle los instrumentos necesarios para sus traducciones. Otro aspecto interesante de su biografía son sus amistades, los escolapios Estala y Navarrete, así como José Antonio Melón y Juan Pablo Forner, con quienes comparte tertulia y que serán los primeros críticos de sus comedias por esa costumbre tan arraigada en Moratín de leerles sus piezas antes de someterlas al juicio del público. Entre esas amistades cabe señalar la protección del todopoderoso Manuel Godoy, gracias al cual obtiene diversos beneficios eclesiásticos que le permiten salir de la precaria situación económica en que le había dejado la temprana muerte de su padre, así como sustanciosas subvenciones que le sufragan los mencionados viajes al extranjero. Moratín manifestará su agradecimiento al Príncipe de la Paz dedicándole algunas de sus comedias. Es más, antes de su vuelta a España, Godoy ya le ha encontrado un

empleo bien remunerado, le nombra secretario de Interpretación de Lenguas, cargo vacante desde la muerte de Samaniego. Es el periodo en el que el dramaturgo goza de una mayor estabilidad, en el que puede componer algunas poesías, participar en la Reforma de los teatros (1799), estrenar *El Barón* (1803), *La mojigata* (1804) y por fin, la comedia que nos ocupa, *El sí de las niñas* (1806), cuyo triunfo levantó los recelos e incluso las denuncias a la Inquisición, motivo por el cual Moratín no quiso escribir más para el teatro, según Silvela. Esta época de sosiego finaliza en 1808 con la llegada de las tropas napoleónicas. Comprometido con el bando bonapartista sufrirá las vicisitudes propias de la guerra. Tras unos años en Barcelona y temeroso de la Inquisición decide partir a Francia, país en el que residirá en la última etapa de su vida, dedicado a editar las *Obras póstumas* de su padre, a publicar la versión definitiva de sus comedias (1825) y a trabajar en los *Orígenes del teatro español*.

El segundo epígrafe en el que se adentra el profesor Martínez Mata es en la situación en la que se halla el teatro español en la época de Moratín. De un lado, nos encontramos con las preferencias del público dieciochesco, tan gustoso de asistir a las espectaculares funciones dramáticas que le proporcionan las inverosímiles comedias de magia, que desde principios de siglo continuaban representándose con gran éxito a lo largo de toda la centuria, con títulos tan emblemáticos como *Marta la Romarantina* de Cañizares o la serializada *El mágico de Salerno* de Salvo y Vela. Asimismo, cuentan con incondicionales apasionados las comedias heroicomilitares revitalizadas gracias a dramaturgos como Luciano Comella o Gaspar Zavala y Zamora y que serán el blanco de la sátira de Moratín en *La comedia nueva* (1792). A ellas se suma una modalidad novedosa, la comedia sentimental que, utilizando con profusión todos los ingredientes afectivos, logra

encandilar al público del último tercio del siglo XVIII y comienzos del XIX. Frente a este teatro popular la minoría ilustrada propugna la necesidad de una reforma. La primera reacción surge a partir de *La Poética* (1737) de Luzán, cuyos principios clasicistas recogerán autores como Nasarre o Montiano. Sin embargo, los primeros frutos en la escena se retrasarán hasta la llegada al poder del Conde de Aranda (1766), quien promoverá la composición de tragedias capaces de orientar a las clases dirigentes, así se estrenan *Hormesinda* y *Guzmán el Bueno* de Nicolás Fernández de Moratín, *Sancho García* de Cadalso..., acogidas fríamente por los espectadores. Respecto a la comedia hay que esperar hasta la década de los ochenta con *El señorito mimado* y *La señorita malcriada* de Tomás de Iriarte para que el teatro neoclásico consiga obtener el aplauso de sus contemporáneos. El triunfo definitivo llegará finalmente con Leandro Fernández de Moratín, que con *El sí de las niñas* inaugurará el teatro moderno en España, en palabras del profesor Martínez Mata.

En el capítulo dedicado al teatro de Moratín, una vez que repasa someramente la trayectoria dramática del escritor, reseñando los aspectos nucleares de cada una de las piezas, el editor se acerca a la *Poética teatral* del dramaturgo, utilizando con gran rentabilidad el *Discurso Preliminar* que antepone a la edición de París, diversas afirmaciones tomadas del *Epistolario* y algunos de los *Prólogos* a sus comedias. Leandro Fernández de Moratín al igual que otros ilustrados de la talla de Jovellanos considera que el teatro debe tener como finalidad primordial la educación del pueblo, para ello abogará por una reforma integral no sólo desde unos presupuestos estéticos sino también morales y sociales. El mejor medio para enseñar a la sociedad es proporcionarle un teatro sencillo, verosímil, cuyos caracteres sean imitados de la naturaleza,

que conecte con las costumbres sociales y que propugne una buena ética.

Estos planteamientos teóricos serán aplicados de forma escrupulosa a la hora de redactar su obra cumbre *El sí de las niñas*, con la que Moratín logra un éxito sin precedentes en la historia del teatro neoclásico español. Este triunfo, sin embargo, se vio ensombrecido porque sus enemigos no tardaron en difundir la noticia de que la comedia era un plagio, además de denunciarle al Santo Oficio. Respecto a los modelos es el dramaturgo francés Marivaux en dos de sus piezas, *L'école des mères* y *La mère confidente*, quien más le ha inspirado, pero sin olvidar que el problema de los matrimonios de desigual edad impuestos contra la libertad de las jóvenes era un tema de gran actualidad en su tiempo, reflejado en la prensa y en otras modalidades teatrales como la comedia sentimental. Moratín con una trama sencilla, verosímil, sostenida por unos personajes creíbles, manejando hábilmente el diálogo y con muy pocos recursos escénicos logra que sus contemporáneos capten el mensaje.

Desde estas páginas queremos felicitar al profesor Martínez Mata por esta sugerente edición crítica, cuidadosamente anotada y documentada, de la obra maestra de Leandro Fernández de Moratín, comedia de gran trascendencia en la historia de nuestra dramaturgia porque rebasa su época y se proyecta en el futuro, lleva implícita la modernidad, al anticiparse con su realismo a escritores como Enrique Gaspar o Benito Pérez Galdós.

Rosalía Fernández Cabezón

CEBRIÁN, José. *Desde el siglo ilustrado. Sobre periodismo y crítica en el siglo XVIII*.

Sevilla: Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla e Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, 2003, 190 pp.

Es bien cierto que, aunque mucho se ha avanzado desde que el maestro Aguilar Piñal se encomendara a la minuciosa reconstrucción bibliográfica del Siglo de las Luces, su canon literario permanece demasiado esquivo a nuevas incorporaciones. Se olvida, con ello, que la Historia de la Literatura es también una sucesión de autores y obras dentro de un sistema literario al que nutren y dan su forma más o menos definitiva. La incorporación o no de un autor, la exclusión de una obra, puede alterar, pues, la visión contemporánea que de ese sistema tenemos. Éste parece, precisamente, uno de los objetivos del profesor Cebrián en su nuevo libro *Desde el siglo ilustrado. Sobre periodismo y crítica en el siglo XVIII*, recopilación y actualización de otros trabajos suyos, a los que ahora se les dota de mayor unidad.

De entre los aciertos de este volumen hay que destacar el criterio de unidad de todos los trabajos: la prensa y la crítica, pues se hace especial hincapié en uno de los aspectos, tal vez, más novedosos y rompedores de la literatura dieciochesca respecto a las otras épocas anteriores. Pues el nuevo formato de la prensa como cauce literario conlleva una transformación bastante fuerte del hecho literario en sí mismo y en relación con todo su entorno, favoreciendo la creación de una «opinión pública» en torno a los temas debatidos en sus páginas.